

PRIMERA PALABRA



LUIS MARÍA ANSON
de la Real Academia Española

Basilio Baltasar

El Apocalipsis según san Goliat

En nuestra República de las Letras, el fulgor se enciende algunas veces desde distantes provincias hasta iluminar los cielos nacionales. **Basilio Baltasar** golpea sin piedad la mediocridad de cierta poesía y cierta novela del último medio siglo, con los garfios erectos y el inflexible almiraz del premio Formentor. Camilo José Cela alienta todavía y lo en encabrita todo con la sombra alargada de sus maderas de boj.

Basilio Baltasar ha publicado un libro novísimo: *El Apocalipsis según san Goliat* (KRK Ediciones). El autor brinca entre las zarzas literarias y se esfuerza desesperadamente por zafarse del acoso surrealista hasta alcanzar las dársenas de la última vanguardia. Lo consigue a veces tras beberse a chorros las metáforas borgianas. Las letras enervan el *Apocalipsis* baltasariano y acosan el premio Formentor que se debate entre el ácido oleaje de una adjetivación agresiva y una sintaxis demoleadora.

El libro que tengo entre las manos copula sobre el lecho de siete relatos encapsulados. En *El ciervo y la serpiente*, Tarco se despereza antes de dormir en paz. En *La urraca*, el Sr. Mirano persigue el rastro de los alfiles triturados por las soledades de Oriente Medio. En *El dios del viento*, **Basilio Baltasar** se queda denodado porque Claudia Velasco rompe con su amante y se apagan las frondosas arboledas, las mansas aguas transparentes, el plumaje de las aves ensimismadas, el porte de los hombres salvajes, la vestimenta de las agrias damas, la solemnidad carnal de las diosas...

En *Al borde del barranco*, la residencia de los ancianos se desmorona decrepita y todo se hace desolación y llanto. En *La batalla de los centauros*, el autor reflexiona con tórpida insistencia sobre la pintura y empequeñece a Caravaggio con las afirmaciones cutres de la condesa sobre las tentaciones que se deslizan en las imáge-

nes del arte sacro. Sale a relucir entonces el turbulento episodio de Hipodamia, la hija del rey de Argos, y el mármol de Miguel Ángel; y, por fin, se aparece Goliat. En *El santuario*, **Basilio Baltasar** estira las letras hasta quedarse atónito y se convierte en el pensador que cavila, en el caballo que salta, en el alfil que penetra, en el rey silente y en el peón muerto en combate, la reina furtiva y los toros inmolados.

Goliat permanece para zarrandear *La cripta*. Se trata de un relato de ácida belleza literaria, en el que Claudia intenta controlar sus confusas emociones y calla mordiéndose los labios mientras las lágrimas le resbalan por sus oscuras oquedades.

Basilio Baltasar, en fin, ha escrito un libro para recreo del buen gusto literario. En estos tiempos de internet, de la inteligencia artificial y de la digitalización que cabalga a galope, todavía hay tiempo para el orgasmo de las letras, la sonrisa

del humor encolerizado y el placer de la noche que junta amado con amada, amada en el amado transformada.

Gisela Elsner, Jorge Luis Borges, Saul Bellow, Gadda, el gran novelista polaco Gombrowicz con su inolvidado *Ferdydurke*, Annie Ernaux, Carlos Fuentes, Javier Marías, Cartarescu, Liudmila Ulítskaya... enaltecen, gracias a la sabiduría literaria de **Basilio Baltasar**, los premios Formentor. Y entre ellos, sobre todo, Pascal Quignard, el intelectual más interesante de la Francia actual, influido por el pensamiento sagaz de Maurice Blanchot, autor de *El sexo y el espanto*, creador de *Las sombras errantes*, que se apasiona con la lectura y escribe: “Amo envejecer en el silencio, en la larga frase que discurre bajo los ojos”. Y que, como **Basilio Baltasar**, se niega a acceder a “una improbable realidad” porque prefiere “quemarse lo más cerca posible de la luz”. ●